

ció una ocasión, a cuantos estudiaron la naturaleza del verdadero amor, tal como nos lo pintan nuestros hábiles escritores modernos y los minuciosos analistas del corazón humano, les parecerá que debió coger a Beatriz entre sus brazos y jurar que el amor había dominado a todo otro sentimiento, y a ese único y modesto beso haber seguido millares de otros y debía haber dicho: «¿Qué significa el matrimonio cuando dos almas están perfectamente unidas como las nuestras?» Y no sólo esto, sino a continuación no debió haber olvidado el añadir: «Existen otros países en los cuales nadie nos conoce y la vida puede ser para nosotros un sueño de felicidad y amor. Marchémonos, pues».

Dominada Beatriz por la pasión, los escrúpulos que hubieran podido atormentarla o presentado para salvar las apariencias habrían desaparecido, y casados o no, Frank la llevara en su compañía haciéndola suya para siempre. ¡Oh! Frank ha perdido una ocasión magnífica, tanto, que creemos que su conducta debe excusarse a los ojos de esos señores. Si no cometió esos actos apasionados e insensatos, es sencillamente porque era un caballero inglés, cuidadoso de ver antes que nada en la mujer a la que ama a la esposa y la madre de sus hijos legítimos. Es cierto que su amor le había arrastrado demasiado lejos para hacerle olvidar y borrar un pasado imaginario, pero su amor era demasiado grande para no tratar de elevar a la mujer que adoraba al mismo tiempo—preciso es confesarlo,—que era demasiado honrado para pensar en evilecerla.

XXXI

Una mujer encargada de una misión

Suele suceder en la generalidad de los casos que la inspiración alienta muy por cima de los vulgarísimos detalles de la realidad, y de todas las inspiraciones, aquella cuyas alas están sostenidas por la religión, campea mucho más alta aun sobre todas las trabas, las costumbres o las precauciones. Un hombre o una mujer encargados de una misión en interés de la humanidad están convencidos de que si sus ojos se fijan con singular constancia en el glorioso fin de su vida, las malezas que durante los siglos interceptaron el camino que a él conduce, desaparecieron de una manera misteriosa. Sin una creencia de esta naturaleza sería muy poca cosa la inspiración y descendería al triste nivel de la sagacidad.

Sarah era una mujer que tenía que desempeñar una misión, pero de una naturaleza personal, no general. Estaba,—al menos así lo creía con toda su alma,—encargada de asegurar la felicidad terrestre de su señora, y su fe en la inspiración que debía ayudarla era tan grande, que ni por un momento dudó del éxito. Su vida entera uníase por completo a la de Beatriz, y su espíritu tenía mucho de esas ruinas sombrías y desoladas en medio de las cuales elevase una columna de puro mármol blanco, y esta columna era su cariño hacia su señora. Las palabras llenas de mística exaltación que empleó para decir a Frank lo que sería capaz de hacer en nombre de aquel cariño, no

era ni más ni menos que la expresión de la verdad, un trasunto fiel del estado de su ánimo. Sería absurdo pensar que cada uno de nosotros tenemos títulos para semejante adoración por parte de uno de nuestros semejantes. Probablemente por esto David no merecía la adhesión de Jonatás, como Beatriz la de Sarah. Con todo, si las afecciones humanas se repartiesen según el grado de los méritos de cada uno, creo que a muchos de nosotros nos tocaría muy poco en el reparto. La simple justicia, lo mismo que la abstracta democracia, cual les sucede a un número de cosas concretas y por todo extremo recomendables, ganan más con la teoría que con la práctica.

La causa de la adoración que Sarah profesaba a Beatriz debe buscarse quizás fuera de los méritos de ésta, o tal vez en el agradecimiento de su fiel servidora. Era, en mi concepto, la expansión al exterior de una naturaleza ardiente y apasionada que detuvo y cambió su curso ante el dique puesto por el dogma de la predestinación. Aquella naturaleza habríase elevado a más altas regiones si el árido calvinismo no la cortara las alas, privándola de ellas para volar por los azules campos del espacio infinito. Si hubiera recibido una educación religiosa o la pendiente de su espíritu permitido seguir una confesión menos austera, habría sido una cultura ardiente; pero tal vez dichosa al caminar sobre la tierra, con los ojos vueltos al cielo, como hacen los que ven en esta vida el prefacio del volumen sin fin que es la Eternidad, mas ¡ay! semejante estado de beatitud distaba mucho de ser el suyo. La íntima convicción de que desde muchos siglos antes de nacer, su lugar, no sólo en este mundo sino en el otro, estaba irrevocablemente fijado; la terrible creencia de que ella era una de esas a las que la voluntad del Señor condenó a eternas torturas; destino fatal, que ni todas las súplicas de una vida de oración ni una conducta ejemplar podían modificar; esa terrible creencia — decimos, — encerrábala dentro de sí, como los muros de una prisión sin salida, de la que ni aun la misma muerte podría librarla.

¿Cómo es posible que dado semejante estado de espíritu pudiese volverse con un pensamiento de amor y de adoración hacia el Sér supremo que pronunciara contra ella sentencia tan terrible? No, no lo era; podía temerle, temblar ante El, arrojarse a sus pies, dirigirle las súplicas más

insensatas y desesperadas, pero el amor de que podía disponer su corazón debía dirigirse a un objeto terrestre, y a falta de otra cosa encarnóse en Beatriz. Con una doctrina semejante, doblemente terrible porque a ella se unía la certidumbre de una aplicación personal, no tiene nada de extraño que el espíritu de Sarah no estuviese tan equilibrado como el de esos venturosos creyentes que no ponen en duda la eficacia del sencillo arrepentimiento en el lecho de muerte. Lo admirable, por el contrario, es que andan por el mundo muchísimas personas cuyas creencias son idénticas a las de Sarah, y que sin embargo, hallan medio de conservar su ánimo en buen estado de salud. Hay que confiar que cuanto más se examina la humanidad desde el punto de vista religioso, mayor confusión producen en el ánimo sus casi incontables contradicciones.

Tal era la enviada de Beatriz que, provista de plenos poderes, iba a ofrecer a Mauricio Hervey el ramo de olivo de la paz. Extraña intermediaria, en verdad, pero que no obstante, poseía títulos incontestables para desempeñar semejante misión, siendo los principales su adhesión a toda prueba con respecto a su señora, su odio al enemigo, y dominando a todos su firme convicción de que de una u otra manera la guiarían hacia el éxito de su empresa. Con aparente atención escuchó las instrucciones que la dieran, pero en realidad sus pensamientos hallábanse muy lejos de aquel lugar. En aquellas circunstancias, se creyó llamada a desempeñar otro papel que el de comparsa, y deseosa Beatriz de inquirir de qué medios se valdría para conseguir su objeto, si por las súplicas o por las amenazas. Siempre creyó que, al hallarse frente al enemigo, acudiría la inspiración, impulsándola a obrar lo mejor posible.

Beatriz, que experimentó cierta inquietud, al pensar que su fiel compañera tenía que hacer sola un viaje tan largo, examinó los distintos itinerarios y creyó que lo más seguro sería que Sarah siguiese la vía París en el exprés que atraviesa Europa, poniendo en comunicación a esta última ciudad, dirigiéndose a casa de la amiga a cuyos cuidados confiara la correspondencia de Beatriz. Descansó una noche, y en seguida quiso desempeñar la primera parte de su misión, es decir, encontrar a Mauricio Hervey. La tarea no fué difícil. Se informó del sitio en que se presentaban los sometidos a la vigilancia de la autoridad, y habiendo sa-

tisfecho a ésta la promesa de que no abrigaba malas intenciones contra el licenciado de presidio, la facilitaron las señas que pedía. Hervey había descendido, por el abuso de sus gastos, desde el seno de la opulencia a la miseria más grande, y habitaba en un guardillón. El dinero que el señor Field le enviara de parte de Frank, era el único punto de apoyo que le retuvo en el borde del abismo de la miseria impidiéndole morirse de hambre. Para ir viviendo tuvo necesidad de vender sus sortijas y otras alhajas, y lo único que a la sazón le quedaba era un traje decente.

Respecto a éste lo defendió con mucha tenacidad, sabiendo que si se veía reducido a mendigar, un hombre bien vestido tiene más probabilidades que uno cubierto de andrajos para despertar las simpatías. El contraste que ofrece un traje decente con los bolsillos vacíos es tan penoso, que uno se siente obligado a hacer algo para atenuarlo un poco. Hallábase sentado en su miserable habitación fumando una pipa casi vacía y meditando sus proyectos de venganza, del mismo modo que meditaba en ellos a su salida del presidio de Portland. Maldijo más de cien veces su imprevisión y poca sagacidad, lo que solía hacer cada día más de cien veces. No se había lavado ni afeitado, y llevaba su brazo derecho, aunque casi curado, en cabestrillo. En resumen, que se hallaba en una situación poco envidiable de espíritu y de cuerpo. Hacía muchas horas que pensaba en la vida alegre que hubiera llevado a haber conseguido enterarse de todos los detalles de los asuntos de su esposa. Llegado ese caso habría podido salir de su pobreza, comer, beber y ser feliz.

En esta situación de ánimo se comprenderá que cuando se abrió la puerta para dar paso a Sarah, no pudiese Hervey reprimir una exclamación de alegría, porque después de Beatriz era a la primera a quien más deseaba ver. Si las privaciones que sufriera le inspiraron alguna vez el deseo de molestar poco a su esposa, cuando le viera, este pensamiento se desvaneció como por encanto en el instante en que se presentó Sarah. Comprendió que el triunfo se acercaba, y su sola preocupación fué sacar todo el partido posible que la inexperiencia y juventud unieron a su suerte. La despreció por la debilidad que creyó reveleaba el acto de enviarle su criada, poniendo a su disposición una probabilidad que tanto ansió tener de su parte.

Adelantóse Sarah hacia él; su negro traje hacía resaltar la expresión ascética de su rostro, y durante un momento contempló a Hervey. Tan luego como se repuso de la sorpresa que le causara la inesperada visita, éste la examinó curiosamente, pero ambos permanecieron en silencio. Sarah continuó mirando sin cejar, contemplando al hombre que se hallaba ante ella, sin cólera y sin miedo, como si deseara saber lo que pasaba en el fondo de su alma. Era una de esas miradas insistentes que no se pueden soportar mucho tiempo sin experimentar viva impaciencia.—¿Qué diablos pensáis para mirarme de esa manera?—exclamó Hervey impaciente. Su voz ruda sacó a Sarah de su ensimismamiento y se pasó la mano por la frente.—¡Eso es! ¡Está escrito allí!—murmuró.

—¿Qué es lo que está escrito allí, vieja loca? que no sois otra cosa—preguntó Hervey. Sarah no respondió nada, pero sus labios delgados se movieron y sus ojos se fijaron otra vez en él con la mirada extraviada.—Sentaos—dijo Hervey con acento seco, y Sarah se sentó y, al parecer, esperó que Mauricio entablase la conversación.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que deseáis? Supongo que será ella la que os envió.—Sí, mi señora me envía.—¿Para qué? ¿Me remite dinero o intenta hacerme morir de hambre? ¡Que tenga cuidado, porque algún día sabré encontrarla!—Sí—contestó Sarah con tono maquinal,—sí; os envía dinero.—¿Cuánto? ¡Dádmelo!—Sarah sacó del bolsillo un saquito que Hervey palpó con mucha avidez.—Hay cincuenta libras—dijo con el mismo tono.

—¡Cincuenta libras!—replicó Mauricio con arrogancia.—¿Qué significa que me mande una cantidad tan mezquina como esa? ¡Cincuenta libras, cuando mi mujer gasta algunos miles todos los años!—Tomadlas o dejadlas, como mejor os plazca—respondió Sarah.—Las tomaré, no tenéis cuidado; ahora veamos lo que tenéis que decirme, ¿no vinisteis más que a traerme esa bagatela?—Sarah se levantó y le miró cara a cara; su voz cambió de pronto y vibró con timbre colérico.—¡No, Mauricio Hervey! ¡No vine a eso, sino a mostraros el único camino que os queda abierto! Tal vez sea tarde para seguirle, pero sed bueno y conseguiréis que os compadezcan. Teneos por avisado y mirad con ojos misericordiosos a esa pobre niña. Vivid por vuestra parte con entera libertad y dejadla vivir a ella. Es

una elegida del Señor, tenedlo presente, Mauricio Hervey, y no intentéis luchar contra El, pues su cólera es como una espada de dos filos...

—Guardaos para vos esos hermosos sermones y decid en buen inglés qué es lo que deseáis o queréis indicarme. —Tomad el dinero que os ofrecen, marchaos y dejadla en paz.—Hervey se echó a reír con aire de mofa.—Vuestro celo os hace ir muy de prisa, mi querida Sarah. Debo recordaros que aun no os he ofrecido nada—respondió. —Pero mi señora os dará dinero—replicó con mucha viveza Sarah,—tomadlo y marchaos para que no volváis a verla más.—¡Ah! ¡Parece que venimos a tratar de un negocio! ¿cuánto me ofrece?—Quinientas libras anuales.

El entrecejo de Hervey se frunció de una manera violenta, pero reprimió la blasfemia que iba a asomar a sus labios.—¿Estáis segura de que esa es su última oferta? —No dará más.—¿Y si me niego a aceptarla?—Sarah dirigió en torno suyo una rápida mirada que probó que se daba perfectamente cuenta de la miseria que la rodeaba. —Si os negáis, regresaré a su lado y la diré que no pude encontraros, y entonces seréis muy dueño de moriros de hambre. Debe ser una cosa muy dura morir de hambre.

—¡Bruja!—exclamó Hervey.—Sois capaz de decirla una mentira.—¡Haría más que eso por ella, tanto es el cariño que la tengo! ¿Queréis aceptar el dinero?—Mauricio se encogió de hombros.—La necesidad carece de ley—dijo con indiferencia.—Sí, Sarah, no puedo salir yo solo del apuro, y es preciso que acepte esa oferta generosa. Ahora hacedme el favor de decirme dónde está mi cara mitad para llevarle la noticia de mi sumisión.—¿Aceptáis?—dijo Sarah conteniendo el aliento.—¿No os dije que era necesario?—¡Alabado sea Dios!—Y Sarah cruzó las manos murmurando una plegaria en acción de gracias.—¿Firmaréis un papel?—preguntó.

—¡Oh! ¡Sí! Todo cuanto queráis, pero decidme dónde puedo encontrarla.—No, no la veréis. Mi señora ordenará que se prepare todo lo necesario. El abogado tendrá todos los documentos al corriente y cuando firméis recibiréis el dinero.—Está muy bien, y entonces quiere decirse que no hemos de tratar de nada más—dijo Hervey con marcada indiferencia, pero la prontitud con que aceptaba todas las estipulaciones despertó la desconfianza de Sarah.—¿Inten-

táis engañarme?—interrogó.—¡Juradme sobre la Biblia que lo cumpliréis!—Lo deseo, pero temo que en toda la casa no se encuentre una. Eso es triste y no sucederá otra vez que vengáis.—Sarah por toda contestación sacó una Biblia usada. Hervey sonrió.—Este deberá ser—dijo—un juramento de la mano izquierda.—Sarah cruzó las manos sobre la suya, y mientras que con incrédula sonrisa protestaba Hervey del juramento, abrió el libro y marcó el versículo sobre el cual quiso la casualidad que se fijase su dedo.—Leed y que os sirva de advertencia—le dijo y Hervey leyó: «Así es como Dios te destruirá para siempre.» Sin añadir una palabra cerró Sarah el libro y salió de la habitación, y Hervey echóse a reír.

Hervey esperó a que Sarah llegase a la calle, y luego la siguió. En la tienda del bajo veíanse dos chicos. Llamó a uno de ellos diciéndole:—De aquí salió una señora, síguela, averigua donde vive, y te daré un soberano.—El muchacho, que debía conocer la posición de Hervey, no se movió, sonriéndose.—¡Muévete, imbécil!—exclamó incomodado su inquilino,—aquí está el dinero, ¡tómalo!—Esto hizo que el muchacho echase a correr y de este modo siguieron a la embajadora de Beatriz hasta su domicilio.

Volvióse Hervey a su habitación en un estado de ánimo distinto del en que se hallaba, pues había ocurrido un cambio venturoso que no podía menos de favorecerle. Lo peor que podía sucederle era poder contar con una renta segura, pero se proponía sacar todo el partido posible de esto. Deseaba encontrar a Beatriz, y con el dominio que sobre ella creía tener, obligarla a que le diese su cuantiosa fortuna, excepción hecha de una cantidad pequeña que con generosidad la cedería para ir viviendo y no la dejaría escapar como le sucediera en ocasión memorable. Tan amargo fué el recuerdo que se enfureció pensando lo que le costó un primer descuido. Contaba con la buena fortuna de obtener una reparación, y gozó de antemano con el terror de su esposa al verle en su retiro que creía ignorado de todos. Rióse al pensar en el derecho paternal que le daba arma tan irresistible para obligarla a acceder a todo. Aquella vez opinó que tanto la fortuna como la venganza estaban al alcance de su mano.

Su espía volvió demostrando que había ganado bien su dinero, porque pudo decir el nombre de la calle y el nú-

mero de la casa a donde se dirigiera Sarah, y Hervey se encaminó a su peluquería, yéndose después a rondar la habitación de Sarah. Esperó hasta la noche; la aurora le encontró en el mismo sitio, llegó la tarde y la noche siguiente y permaneció fijo en el mismo puesto. Por la noche vió recompensada su paciencia al ver un coche en el que colocaron una maleta, y que una forma vestida de negro ocupaba el interior, partiendo inmediatamente.

Apenas se perdió de vista el carruaje, llamó Mauricio a la puerta y preguntó si Sarah estaba en casa. ¡No se hallaba allí! ¡Había salido! ¡La buena suerte no le seguía! Preguntó en dónde podría encontrarla.—Mucho tenéis que andar si queréis alcanzarla.—le contestó echándose a reír una mujer.—¿Se marchó al extranjero?—Camino de Munich.—Creyó que iba a darle un accidente, pero pensó que ya sabía dónde encontrar a su esposa.—¡Munich!—exclamó.—Voy a ver si la puedo alcanzar, ¿a qué estación se fué?—A la de Charing Cross—contestó la mujer.

XXXII

Perseguida

Despidióse de su interlocutora, tomó un coche, y empezó la persecución de Sarah. No sabía a qué hora era la marcha, pero no dudó que tenía tiempo conociendo la costumbre de las mujeres de dirigirse a la estación con anticipación a la salida de los trenes. Lo adivinó, porque encontró a Sarah facturando su equipaje. Atrevióse a deslizarse a su lado y la oyó, con esa insistencia peculiar a las mujeres que abandonan a otro el cuidado de su equipaje, decir dos veces seguidas que iba a Munich, pasando por París. Separóse, tomó billete, y habiendo visto a Sarah subir al tren, se sentó en otro departamento. La enviada de Beatriz creyó, llena de alegría, en el éxito de su misión, sin pensar que se hallaba en la situación del hombre que, según antigua leyenda alemana, guiaba sin imaginarlo siquiera a la peste hacia la ciudad en que habitaban todos sus seres queridos.

Durantse muchas horas, permaneció Sarah en la ignorancia acerca de que sobre las mismas ruedas que la conducían a su destino iban también la ruina y la desolación personificadas por Hervey. No se vieron hasta el día siguiente cuando el tren dejó a su espalda a París. Sarah fué casi invisible en la travesía de Douvres a Calais, porque gracias al temporal, el mareo venció toda preocupación. Como en el viaje por mar sufrió tanto, tan luego

como se halló en el tren se apresuró Sarah a buscar en el sueño el olvido de sus pensamientos. Hervey no quiso precipitar los acontecimientos con una revelación prematura de su presencia, y tuvo cuidado de mantenerse en segundo término. Poco tiempo después de salir el tren de la estación de París Lyon, abrió Sarah la portezuela, y al dar vuelta a la galería que rodeaba al vagón encontróse con Hervey que fumaba contemplando, a través de los cristales de esa misma galería, el paisaje. Volvióse, vió a Sarah y se echó a reír al ver su sorpresa, o mejor dicho, su horror.—¡Vos! ¡Vos aquí!—balbuceó trémula.—¡Me seguisteis!

—Paso a paso desde que abandonasteis mi humilde vivienda, mi querida Sarah.—Esta se metió en el departamento que acababa de abandonar. Hervey la siguió y sin dejar de reír, tomó asiento en el más inmediato a la portezuela. En el tren iban muy pocos viajeros, y los dos enemigos se encontraron solos. Un rasgo que caracterizó lo cruel del miserable, fué el que experimentó verdadera alegría al torturar a Sarah imponiéndole su odiosa presencia.—¡Oh! ¡Sí, Sarah!—dijo con tono burlón.—No os abandonaré hasta que me llevéis al lado de mi esposa. Es inútil que penséis en darme esquinazo, y para evitar hasta el trabajo de pensarlo, os diré que sé a qué vais a Munich. Nunca podré agradeceros lo que hacéis por mí.

Retorcióse la fiel criada las manos, y luego, tapándose el rostro, lloró con amargura. Creyó haber obrado con gran tacto, y la astucia de Mauricio echó por tierra sus planes, y Beatriz quedaba a merced de aquel miserable e iba a sufrir por culpa suya, ¡cuando hubiera dado su alma y su cuerpo para evitarla el menor de los sufrimientos!

—No seáis cargante, Sarah—dijo Hervey;—la partida terminó y lo mejor es ceder. Sed útil a la humanidad y prestadme un servicio llenando de tabaco esa pipa, lo que yo no puedo hacer a causa del condenado brazo derecho.

No hizo caso Sarah de estas palabras, pero levantó la cabeza y le miró.—Daos por avisado—le contestó en voz baja,—y os repito que puesto que aun es tiempo escuchéis la advertencia. En la primera estación huid y alejaos cuanto antes mejor.—Mauricio contestó con una carcajada despreciativa. Sarah no reiteró sus súplicas y se abismó en un obstinado silencio. Deslizáronse las horas, y perma-

neció inmóvil y muda en su rincón. Pero ¿y sus pensamientos? Estos eran por todo extremo activos e invadieron su cerebro atropellándose en él. Desde la incoherencia pasaron al plan metódico para volver a aquélla, y a través de este caos destacábase distinta la verdad; que tras ella iba a presentarse aquel hombre a su señora. Desde su salida de Londres no había tomado Sarah ningún alimento, y su apetito desapareció cuando vió el aborrecido rostro de Hervey. Sus manos ardían, la sangre circulaba con más rapidez y de vez en cuando una espesa niebla parecía envolverla para no dejarla ver al disiparse más que la odiosa sonrisa de su verdugo.

Y las horas seguían deslizándose con su acostumbrada rapidez. Hervey mandó que le sirviesen la comida en el vagón y quiso distraerse consumiendo brandy, que se entretuvo en mezclar con agua azucarada y comprando cigarrillos para quejarse de su calidad. De vez en cuando se levantaba, se asomaba a la galería, pero sin perder de vista a su vecina. Otras dirigía a Sarah bromas que hacían que llegase al colmo la exasperación de ésta. Sus manos estaban por momentos más ardorosas.

Desapareció el crepúsculo y encendieron las luces. Cada minuto que pasaba aproximaba a Beatriz a la desesperación, y antes del amanecer llegaría el tren a Munich, y este pensamiento puso como loca a Sarah. Un poco antes de llegar a Stuttgart se presentó el dependiente del *Sleeping car* y preguntó si querían que preparase las camas. Sarah respondió negativamente, y Hervey encargó otro brandy y no aceptó tampoco el lecho. El empleado se retiró quedando solos los dos enemigos, cuyo viaje iba a terminar antes de transcurrir cinco horas. De pronto una luz repentina, una inspiración puso todo en claro a sus ojos, que brillaron con extraordinario fulgor. En aquella luz, Sarah creyó ver hacia qué fin se precipitaban los acontecimientos. La mano de Dios iba a extenderse y a herir. ¿No tuvo, tiempo hacia, un sueño en el que figuró Mauricio Hervey, y desde el primer día no leyó en su rostro que sus días estaban contados? ¿No tenía la seguridad, tan grande como de su condenación eterna, de que Dios conservaba a Beatriz la felicidad en este mundo y en el otro? La hora de la libertad estaba próxima.

El presentimiento que la hizo creer en el éxito no lo ins-

piró un espíritu mentiroso; Dios velaba. A Hervey le impulsó secreto presentimiento a emprender el viaje, quebrantando lo prometido y obligándole a sufrir el destino que ella le hiciera presentir con aquellas palabras terribles de la Biblia. Este viaje, despreciando el aviso celestial, del que ella fué intermediaria, no se terminaría, y Sarah leyó, a la luz de su fe salvaje y ardiente, leyó, decimos, el precepto divino como si estuviese escrito con letras de fuego. Si la línea divisoria entre el fanatismo y la locura no estaba borrada en su cerebro, hay que confesar que existía muy borrosa.

No compadeció a Mauricio y no se hubiera atrevido a renovar sus advertencias, pero lo contempló con terror, provocado por el pensamiento de que en breve tan miserable criatura hallaríase sin vida... por toda una eternidad. Su locura, si se la puede dar este nombre, aumentaba, y a pesar de las galanas teorías de la superioridad, el espíritu es el esclavo del cuerpo. El primero puede romper el yugo por algún tiempo, pero el segundo recobra su dominio y hace sentir su poder. El cansancio y la falta de alimento completaron en Sarah la obra de la desesperación. Creyó que nunca había visto las cosas con tanta claridad, que nunca razonó con tanta fuerza y precisión como en aquel momento en que su cerebro estaba tan perturbado. ¿De qué modo iba Dios a obrar? ¿Le heriría mientras que se erguía orgulloso? ¿Alguna cosa horrible se preparaba en su interior? ¿Iba a descarrilar el tren? Y mientras que se hacía estas preguntas, el salto de las ruedas sobre los rieles la estremecía creyendo que se aproximaba el momento. Pero no, no podía ser este el medio escogido por Dios, pues por muy impecable que su creencia le enseñase a juzgar a aquel a quien imploraba, el sentido recto de la justicia la impidió creer que fuese necesario sacrificar muchas existencias a la necesidad de destruir la de Hervey. Era preciso esperar con fe sin intentar descubrir los proyectos celestes; pero el tiempo seguía deslizándose con su acostumbrada rapidez, y sólo quedaban contados instantes.

De pronto se arrodilló y rogó a Dios para que iluminase su espíritu y que terminasen, en fin, los tormentos de la incertidumbre. Hervey la miró y se echó a reír.—Está bien—la dijo;—Sarah, no conviene olvidar los deberes re-

ligiosos, pero temo que las oraciones no os saquen del apuro, si bien, no perdéis nada con probarlo.

El timbre de aquella voz dió nuevo impulso a sus pensamientos y en el mismo instante escucharon su ruego, la luz se hizo en su espíritu. Las nubes que la rodeaban se disiparon de pronto, o tal vez la envolvieron más densamente para no disiparse jamás. Estremeciéndose, y de rodillas, volvió la cara hacia el que acababa de hablar. La mirada de Sarah hízole estremecer a pesar del desprecio que profesaba a las divagaciones místicas de ésta, y tenía sobrada razón para estremecerse. Sarah lo comprendió todo entonces y vió a lo que estaba predestinado, porque desde hacía muchos siglos que su destino estaba marcado.

Era la elegida por Dios para separar a aquel hombre del sendero que conducía a una de sus elegidas a la felicidad.

Del mismo modo que Jael y Judith, Sarah tenía una misión terrible; la de matar a un condenado por el Omnipotente. Dominada por este pensamiento horroroso y único púsose en pie y se volvió a su sitio. Sin salir de aquel extravío mental, durante el que creyó juzgar con lucidez, la pareció que todo contribuía a la ejecución de los decretos del destino. La soledad, la noche, hasta el mismo estado valetudinario del condenado, no eran más que los detalles desde mucho tiempo atrás preconcebidos. La ocasión se presentaba allí, pero la faltaba el medio y los instrumentos, que sin duda la serían facilitados cuando llegase el momento oportuno, y se vería cómo una débil mujer podía dar cuenta de la vida de un hombre robusto. Hervey no sospechó nada mientras que le rendían el cansancio y el efecto de los cigarros y el brandy, haciendo que continuase aletargado sin ocurrírsele lo que pensaba su compañera de viaje, de la que creyó siempre que era mujer sin juicio que había contribuido a su ruina, acción de la que al presente pensó estaba vengado.

¿Cómo iba a realizar su obra? El tiempo transcurría y el instrumento no se presentaba. Muiricio cerró los ojos cediendo al sueño, ¿era este el instante? ¡Oh! ¡Si al menos hubiese tenido un cuchillo para herirle en el corazón! pero no tenía absolutamente nada que pudiese servirle para ejecutar su proyecto, que creía inspirado por Dios. De pronto recordó como se recuerda un sueño, que muchas

horas antes vió a un viajero abrir un saco de noche y en el fondo de éste una pistola. ¿Fué a causa de la misión para la cual la eligiera Dios que pudo ver esta arma?

Si era así, ¿cómo encontrarla y apoderarse de ella? Se levantó, y sin intención bien determinada, pasó por delante de Hervey y salió a la galería. El ruido despertó a éste que asomó la cabeza a la portezuela y la acechó del mismo modo que el gato al ratoncillo. Sarah llegó hasta el extremo del coche sin hallar nada que la pudiese servir. Todas las portezuelas estaban cerradas, y se hubiera podido decir que todo dormía, excepción hecha de los dos. El único ruido que se oía era el del movimiento de la locomotora, siguiendo su camino a través de la obscuridad. Sarah recorrió de nuevo la galería y volvió a su sitio sin haber encontrado nada. En su espíritu flotaba aún un vestigio de razón; matar a Mauricio de aquel modo, implicaba el proceso, la detención y la vergüenza, la ignominia y el escándalo para su querida señora. Era necesario esperar; Dios no la había aún indicado cómo iba a verificarse su obra. Y su convicción en vez de debilitarse se afirmó.

A lo menos duró hasta que el viaje iba a terminar y una especie de instinto la advirtió que iban a llegar a Munich. Hervey, al que necesidades perentorias privaban del reloj seguía durmiendo con un sueño receloso como el de un perro. Oyóse de pronto prolongado silbido que hizo que Mauricio despertase sobresaltado, y que por primera vez se apoderase la duda acerca de las intenciones divinas del espíritu de la desdichada Sarah. Quedaba muy poco tiempo, había aún mucho que hacer, pero la luz divina no se presentaba; ¿iba a brillar durante los últimos instantes? De un modo convulsivo cruzó las manos, y con tanta fuerza, que las uñas se clavaron en la carne. Dirigió una nueva mirada a Hervey al que habían enflaquecido las privaciones, hechó palidecer el cansancio y contraer su rostro el dolor. Púsose Sarah en pie, y como si obrase en sueños, salió del vagón y se encontró en la galería aun débilmente iluminada. Sin saber con qué objeto recorrió todo el pasillo a lo largo del vagón, y como alelada, abrió la puerta que cerraba uno de sus extremos y salió al aire libre. Hervey siguióla hasta allí, cerróse tras ellos la puerta y ambos se encontraron solos en la plataforma de hierro que une los vagones entre sí. El tren seguía con la misma rapidez, y la corriente de

aire producida era tan violenta que les azotaba el rostro, y los cabellos de Sarah, que se habían desatado, volaban en torno de su cabeza dándole un aspecto extraño. Destacábase su silueta negra, descarnada, con su rostro tan pálido como el de una muerta, fijándose con centelleante mirada en el punto hacia el cual se dirigía el tren, al mismo tiempo que su espíritu continuaba meditando en la obra que se creía destinada a cumplir. La noche era nebulosa y sin luna, y a lo lejos, en lontananza, hacia la derecha, distinguíanse las luces de la populosa ciudad que se reflejaban en el cielo sombrío. La mirada de Sarah no se separaba de ellas y sus labios pronunciaban palabras incoherentes. Durante algún tiempo permaneció Hervey a su lado y al fin decidió hablar.—Es inútil lo que hacéis, Sarah, no huiréis porque os seguiré a todas partes, mostraos más amable y no deis que hacer.

Sarah habló también, pero no fué para responderle.— ¡Esa luz! ¡Esa luz roja!—exclamó con voz vibrante.— ¡Es la roja luz del infierno! ¡El resplandor del fuego que abrasa y que nos espera a vos y a mí! ¿Oís esos gritos? ¡Son los de los condenados!—La locomotora silbó lanzando un silbido más agudo, enviando a lo lejos el aviso de que se acercaba. Iban a caer los frenos sobre las ruedas acortando el tren su marcha. Hervey, al que realmente asustaron los estraviados acentos de su compañera, se volvió hacia ella diciéndole con el tono de un hombre furioso:— ¡Vamos! ¡Basta de necedades!—y fué lo único que pronunció, porque de repente y antes de que nada pudiese prevenirle, Sarah se arrojó sobre él, enlazándole con los brazos con esa fuerza irresistible que sólo da el delirio. El peso le hizo perder el equilibrio, retrocedió y vaciló, y con el brazo sano—se recordará que llevaba el derecho en cabestrillo,—se esforzó para agarrarse a la escalerilla sin conseguirlo, y aunque así hubiese sido, no habría logrado sostenerse. Deslizáronse ambos por la escalerilla de hierro, Mauricio sujeto por los brazos de su enemigo, y juntos cayeron.

Sus gritos, si es que tuvieron tiempo de lanzar alguno, se confundieron con el ruido del tren y los agudos silbidos de la locomotora. Todo terminó en un segundo; el tren se alejó dejando tras sí una masa informe tendida entre las vías ascendente y descendente. En el último instante vió Sarah con claridad, y hasta en el que cayó con su vic-

tima, su único pensamiento fué el de una alegría salvaje por haber comprendido al fin los designios del Señor. La masa negra continuó inmóvil después de pasar el último coche, y sólo entonces una parte de ella empezó a dar señales de vida. Lenta y penosamente alzóse la mujer, que se arrodilló y quedó inmóvil contemplando el pálido rostro que se volvía hacia el suyo. Su delirio se calmó por el momento, y apenas se daba cuenta de lo que había hecho. Estaba sana y sola, Mauricio cayó primero contra el suelo, y con su cuerpo amortiguó el golpe. A la cuenta debió dar un fuerte golpe con la cabeza en las piedras, y yacía sin sentido, ¿estaba muerto? Esto fué lo que se preguntó Sarah cuando pudo coordinar sus pensamientos y reconstituir el conjunto de hechos a cuya ejecución la condujo su fanatismo. No experimentó ni horror ni remordimiento, pero de ella se apoderó un temor cruel: el de haber dado el golpe en vago; el de que su mano dejara sin terminar la obra y que no se hubiese cumplido el destino de aquel miserable. Inclínose sobre su cuerpo inanimado y colocó su mejilla encima de sus labios. ¡Respiraba!

Levantóse de un salto lanzando horrible exclamación de angustia. ¡Cómo! ¡Había fracasado en su empresa, Hervey vivía y tal vez curaría de sus heridas! ¡La obra estaba sin realizar! Con ardiente mirada escudriñó las tinieblas sin saber empero lo que buscaba, una piedra, una barra de hierro, algo, en fin, que pudiese darle la prueba de que la mano que la guió hasta entonces no la abandonaba, y a pesar de sus esfuerzos no vió nada; mas de pronto por la línea de Munich apareció una luz roja que por segundos íbase haciendo más visible. El corazón de Sarah palpité con fuerza. ¡El camino aparecía indicado de una manera clara hasta el final! ¡La revelación postrera presentábasele con toda claridad! Cogió a Mauricio por los sobacos y con un esfuerzo vigoroso muy superior a lo que podía esperarse de un cuerpo tan demacrado como el de Sarah, le arrastró hasta colocarle sobre los rieles, en el camino que iba a seguir el tren en marcha. Mauricio lanzó algunos quejidos, pero sin hacer ni un movimiento ni recobrar los sentidos. La luz se acercaba cada vez más, y Hervey continuó insensible ignorando la suerte que le esperaba. Terminados sus horrorosos preparativos, envolvióse Sarah en su negro chal, y arrodillándose esperó viviendo un siglo en cada

minuto que transcurría. A través del paño que le envolvía oyó el ruido de las ruedas y sintió en sus manos la violencia de la corriente de aire producida al paso por el monstruo de hierro para no oír ni ver nada después de esto.

Levantóse estremeciéndose convulsivamente, y sin mirar a su obra, echó por medio de los rieles, bajó por el talud y desapareció en medio de la obscuridad. Había cumplido lo que creía su misión, y en adelante Mauricio Hervey no se interpondría entre Beatriz y la felicidad. La máquina puede decirse que partió en dos al desdichado, y las ruedas que le aplastaron fueron las de una locomotora que hacía maniobras para recoger vagones que se hallaban a alguna distancia de la estación. El maquinista se dió cuenta del ligero choque y habiéndose fijado en el sitio, detuvo el tren al volver. Se enteró de lo que causara el choque momentáneo: era la vida de un hombre, desaparecida en algunos segundos. Recogieron el cadáver, que llevaron a Munich, colocándolo en el depósito judicial.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1944, 1625 MONTERREY, MEXICO

XXXIII

¡Estoy loca!

Si al día siguiente de ocurrir tan horrible tragedia, Beatriz se hubiese levantado con el día y asomándose a la ventana, habría presenciado un espectáculo que la llamara la atención. En la calle hubiera visto a Sarah, a la que tenía motivos para creer en Inglaterra. En su rostro revelaba la fiel criada la desesperación más profunda al contemplar la cara de su señora en la actitud de la persona que dirige un eterno adiós al sér más querido de la tierra, y decimos eterno, porque hasta la estaba prohibida la constante esperanza de encontrarla en la vida futura. Pero Beatriz a la que sus penas desvelaron durante la noche, dormía a aquellas horas y tal vez fuese esto preferible para ella. La pobre mujer que se designó a sí misma como instrumento de la venganza divina, vagó a la ventura desde que abandonara el sitio en que llevó a cabo su terrible obra, dando vueltas por la ciudad sin objeto ni esperanza. De haber sido a la hora en que las calles se hallan llenas de transeuntes, su sordo gemir y el ligero temblor de sus manos revelara a los que pasaran la angustia mortal que dominaba su alma.

Esta agonía no era, como podría suponerse, la producida por el remordimiento, pues sólo la atormentaba una sola idea. Persegúiale sin reposo, y hasta el extremo de turbar más su ya perturbada mente, el pensamiento de que tenía aún que hacer cruel sacrificio para obtener el resultado deseado y predestinado que llevaba en sí el drama

de la noche. Estaba loca y no lo estaba. Acababa de asesinar a un hombre a sangre fría, y aparte del horror que sigue a la ejecución de un crimen, el terror empezaba a perseguirla y no la abandonaba, pero no sentía ni un desesperado pesar ni una punzante desesperación. Deploraba Sarah, no la suerte del hombre, sino el que la hubiesen elegido a ella como instrumento. Lamentaba el hecho lo mismo que Judas la crueldad del destino que, para asegurar el cumplimiento de las profecías, le escogió a él y decidió fuese encargado de vender al Maestro. ¡Este era el sacrificio supremo! ¡El castigo en esta tierra!

Ver a Beatriz, aunque no fuese más que una vez, era echarlo a perder porque su señora no debía saber a qué mano debía la libertad. Nunca podría imaginar que su criada había sido el instrumento elegido para cortar el nudo que, según parecía, no era capaz de desatar ningún poder terrestre. ¡No, ningún poder terrestre podía desatarlo! Cuando amaneció, y los árboles y los objetos todos se destacaron entre la bruma matinal como otros fantasmas, Sarah continuaba vagando, soñando y combinando el medio de completar su obra. Todos sus pensamientos convergían en uno sólo, érale necesario irse muy lejos. Beatriz no debía ni sospechar siquiera que había regresado de Londres. De no hacerlo así, lo adivinaría todo, hablaría confesándolo todo a la esposa de la víctima, y no se habría adelantado nada. Con todo, a pesar de tales pensamientos, quiso ver antes de marcharse la casa en que habitaba su ídolo, prosternarse y besar el umbral que sus pies tocaron. Deseaba hacerle un signo inadvertido de apasionado adiós y abandonarla, desapareciendo como una muerta.

Luchó, sin embargo, contra el deseo, pero salió vencida porque fué más fuerte que su voluntad. Al amanecer penetró en la dormida ciudad, y aniquilada por la fatiga fué a colocarse bajo las ventanas de su señora, en las que fijó sus miradas cual pudiera hacerlo en los rayos posteros de un sol pronto a ocultarse para no presentarse jamás. A aquellas horas estaba desierta la calle, y nadie se fijó en la extraña criatura que se mantenía inmóvil y su apariencia era tal, que nadie, ni aun el hombre más preocupado, habría pasado por su lado sin que en él despertase la curiosidad acerca de los motivos que la hicieran tomar aquella postura de amarga desesperación. Pasados unos minu-

tos en muda contemplación, atravesó la calle con lento paso, lo que hacía visible su fatiga y debilidad, y apoyando la cabeza en la puerta de la casa, sollozó con violencia. Apoderóse de ella un desvanecimiento y comprendió que se iba a desmayar, a caer inanimada, y haciendo un esfuerzo, dominó su naciente estupor diciéndose que, si caía en aquel lugar, al descubrirla se perdería todo. Ya que tenía que perecer, que fuese lejos de Beatriz. Habría sido para ella un consuelo exhalar su postrer aliento al lado de su señora, pero esta esperanza la estaba negada. Lo que dará una idea aproximada de su fuerza de voluntad, es el decir que no sólo dominó la fatiga, sino sus deseos de ver a Beatriz, y sin volver la vista atrás, alejóse obligando a sus piernas debilitadas a llevarla hasta que encontróse en un sitio en que se sentó.

No tardó mucho en despertar la ciudad; en algunos sitios empezaron a abrir las tiendas, y la desdichada Sarah vió que ante sí tenía una panadería. Levantóse penosamente, entró, compró pan y pidió un vaso de agua. No por ella, sino por cariño a otra persona, necesitaba sostener sus decaídas fuerzas. Después de comer sintió que sus fuerzas se reanimaban e imaginó que podía empezar su peregrinación. Arrastróse, que no de otro modo pudo andar, y se encaminó hacia la estación en donde se informó de la hora de la salida de los trenes. Aguardó que ésta llegase sentada en un rincón de la sala de espera, con la inmovilidad de una estatua, pero su pulso latía con fuerza extraordinaria. En sus oídos resonaba incesante extraña vibración, cual si sobre su cabeza rodasen infinidad de ruedas, y si por casualidad cerraba los ojos, percibía a través de la obscuridad una luz tan roja como la sangre, que se acercaba mucho y muy de prisa, cada vez más. A pesar de esto, pudo ocupar un asiento en el vagón, y al mismo tiempo que daba gracias por haber llegado hasta allí, pidió que sus fuerzas durasen siquiera hasta Londres. ¿Qué la importaba su suerte? Una vez terminada la obra, ¿quién podría inquietarse por el instrumento?

El tren partió de Munich, y cuando salía de la estación, una de las mejores de Europa, Sarah cubrióse con su chal negro.

No obstante, la creencia de que había llevado a cabo una obra para la que estaba predestinada, no se atrevió a

contemplar el sitio en que durante la noche anterior cayó de rodillas.

A no ser para oprimirse la frente para detener los extraños zumbidos que tanto la molestaban, sus manos permanecieron casi siempre cruzadas bajo su chal. Permaneció inmóvil en su sitio, con la mirada fija en el vacío, porque si cerraba los ojos volvía a ver inmediatamente la roja luz que tanto la aterraba. El viaje siguió su curso y sin que Sarah se diese cuenta de ello hubiera podido durar meses o años, ¿qué le importaba el tiempo? No era éste, sino la eternidad, lo que veía ante ella.

Pasaron como en sueños el viaje por tierra, la travesía del canal, y de lo único de que se dió cuenta fué de que se acercaba a Londres. Las voces inglesas y las caras de compatriotas la hicieron comprender que había llegado a la última etapa de su viaje. Púsose en pie e hizo sus últimos preparativos; buscó en su bolsillo y rompió todos los papeles que contenía para no conservar el menor indicio que revelase su identidad.

Sacó luego un retrato de Beatriz, contemplóle con acendrado cariño, y exhalando dolorosos suspiros lo rompió. ¡No se atrevió a conservar reliquia tan querida!

¡Londres! Sarah se encontró en la avenida por la que pasara tres días antes. Eran más de las tres de la madrugada y se detuvo vacilante. Tenía aún que hacer algo que en su imaginación determinara de antemano. ¿Qué era? ¡Oh! ¡Aquel ruido incesante...! ¡Oh! ¡Cuándo se detendrían aquellas ruedas! ¿Seguirían siempre lo mismo? Oprimióse las sienes e intentó retener así aquel recuerdo que se escapaba y la resolución a que se refería. ¡Ah! Lo recordó de pronto. Quería desembarazarse del dinero que la quedaba y acercándose a un cepillo destinado a los pobres, lo echó.

Pasó cual una sombra bajo las arcadas, negra silueta que, inclinada la cabeza, parecía sombría encarnación del dolor y evitó la luz de las lámparas eléctricas que iluminan el Strand. Siguió por éste, y luego sin objeto determinado volvióse hacia la derecha, fuese acercando a los muelles y siguió hasta llegar al puente de Waterlóo en cuyo centro se detuvo para contemplar el río. No pensó en el suicidio, a pesar de la luz roja que resplandecía de continuo ante sus ojos, ni del ruido incesante que seguía resonando en sus oídos. Y las inflexibles ruedas cada vez ro-

daban con más rapidez sobre su cerebro. No, no se la ocurrió nada de eso, sino que la corriente tenía para ella el atractivo que atrae a aquellos cuyo espíritu abrumba profunda desesperación. Detúvose a contemplar las aguas inclinándose para ver mejor las profundidades sombrías. En este instante, brilló a sus ojos una luz muy viva. Una mano ruda se apoyó en su hombro.—¡Vamos! ¡A ver si os separáis de ahí y no hacéis una necedad!—dijo una voz brusca, la voz de un *policeman* que la vió desde lejos y se acercó. Sarah se volvió hacia él, y la angustia que reveló su rostro convenció al digno funcionario de que su llegada había sido oportuna.—No es conveniente que permanecáis a la orilla del agua—la dijo con acento más humanitario.—Volveos a vuestra casa y obraréis como una buena mujer. Idos hacia donde os convenga, voy a acompañaros hasta el extremo del puente, pero si os empeñáis en permanecer aquí, me veré obligado a echaros a la fuerza. Sarah cruzó las manos.—¡Estoy loca!—exclamó con acento de lastimera súplica.—¿No veis que estoy loca? ¡Llévame, encerradme donde están los locos!—Por muy extraña que pueda parecer esta confesión, el admirado *policeman* hubo de creerla al pie de la letra, porque Sarah se negó a decir quién era. Cumpliendo con su deber, el agente la llevó a la prevención y allí pasó aquella desgraciada la noche, encerrada bajo llave. Loca o no, creyó Sarah que había terminado su obra, diciéndose que Beatriz no la volvería a encontrar ni oírja hablar nunca más de ella. Loca o no, su propósito era guardar secreto cómo murió Herve. Si estaba loca la astucia de la pobre mujer suplicó a la razón. Casi, porque según costumbre, se olvidó del detalle más importante, y a menos que no llegase a oídos de Beatriz la noticia de la muerte de su marido, y que esta defunción se probase de un modo incontestable, el crimen de Sarah Miller sería infructuoso e inútil su sacrificio.

XXXIV

No era un sueño

Siguiendo su costumbre presentóse Carruthers muy temprano en casa de Beatriz, porque resuelto como estaba a dominarse para aceptar la situación tal como se le presentaba en lo porvenir, no comprendió por qué tenía que privarse de verla. Sería absurdo declarar que estaba resignado a soportar su destino, con el cual nadie lo está en absoluto, y en esto, como en otro orden de ideas, lo que se hace es soportar la tiranía y nada más. Tanto Beatriz como Frank eran desgraciados, y sus corazones estaban desgarrados tanto como pudiese desearlo para sí la joven más romántica; mas no eran tan desdichados como creían. Dado el caso de que existan dos enamorados separados por el destino y sin sombra alguna de esperanza, si conocen sus sentimientos recíprocos y la fuerza de éstos, mientras que puedan hablarse, aunque sea de cosas indiferentes, no son completamente desgraciados. Tienen al menos el consuelo de pensar que, lo mismo que su amor, es igual su sufrimiento. Aunque Frank y Beatriz hubiesen negado la certeza de este raciocinio, no por eso dejaba de ser verdadero.

Beatriz dejó el niño al cuidado de la sonriente bávara y salió a dar un paseo con Frank. Estuvieron un rato sin hablar, y en la apariencia sin objeto determinado, siendo Carruthers el primero que hizo uso de la palabra.—¿Cuándo estaréis dispuesta a regresar a Inglaterra?—preguntó a Beatriz, que tenía la vista fija en el suelo y no respondió

una palabra.—¿No es verdad que seguiréis mi consejo?

—Sí, quiero guiarme por vuestros consejos. Durante mucho tiempo no tuve más consejero que yo misma, y ya veis a qué extremo llegué.—Llenáronse los ojos de Beatriz de lágrimas y Carruthers se retorció las manos por detrás de la espalda comprendiendo que no podía hacer nada serio.—¿Qué creéis que debo hacer?

—Creo que lo más acertado es ir a Inglaterra y a Londres. Iré acompañándoos si deseáis y contaré la verdad de lo ocurrido a Herberto y Horacio. ¿Qué dirán? Creo que me arrojarán de su casa.—Frank sonrió tristemente.—¿Cómo es posible que imaginéis que son capaces de arrojar de su casa a un perro que se presentase a pedirles protección? A menos—añadió—que ese perro no haya pasado por el lodo.—¡Ah! Frank, es que yo le atravesé.

Frank intentó convencerla de que aquel lodo ni era tan espeño ni tan negro. Beatriz se negó a creerle y ambos volvieron a quedar en silencio. ¡Ah! Siempre esa antigua exclamación de que «¡si fuese fácil deshacer lo que está hecho!» exclamó la joven y Frank replicó:—Sí, esa fué la del primer hombre que pudo hablar; tal vez su pensamiento primero antes de que supiese de qué medios valerse para darle forma externa, y eso será lo último que sobreviva a la destrucción de nuestro planeta.

Volvieron a entregarse a su silencio, hasta que Frank reiteró su pregunta y Beatriz respondió que no podía marchar hasta que regresase Sarah.—Pero, si está en Londres, ¿por qué no la telegrafiais diciéndola que os espere?—Lo haría, mas no sé a dónde dirigir el telegrama, porque debe vivir en casa de una amiga, la misma que echaba nuestras cartas al correo. Era Sarah quien se las enviaba y nunca se me ocurrió preguntarle las señas.—Y está allí para tratar con ese hombre—replicó Frank con amargura,—dejando que tal vez ese miserable os despoje a su antojo.

—El dinero no significa nada.

Carruthers se mordió los labios; le importaba poco el dinero, pero le enfurecía pensar que Hervey iba a vivir en el lujo a costa de la mujer a la que engañó. No obstante, imaginó que cuando los Talbert lo supiesen todo, no conseguiría una situación tan desahogada como la que creía.—Frank—le dijo Beatriz,—marcharé tan luego como regrese Sarah, os lo prometo. Ahora hablemos de otra cosa.

No nos quedan más que dos o tres días que pasar aquí, gocemos de la calma antes de que estalle la tempestad.

Carruthers la comprendió. Hizo un esfuerzo para recobrar su jovialidad, pero ésta no produjo resultado. Beatriz se lo agradeció, intentando desviar sus pensamientos de su curso ordinario.

De este modo charlaba Frank, pero su charla era forzosamente. Paseaban sin objeto y sin saber dónde se hallaban.—¿Vamos a visitar un museo?—preguntó Beatriz.

—No. Vamos al jardín de la estatua de Baviera.

En esta disposición de ánimo salieron del jardín, y en el momento de subir al coche preguntó Frank:—¿A dónde vamos ahora? ¿Hay algo más que ver aquí?—Esta pregunta, hecha en un alemán especial de uso de Frank, dirigiase al cochero que respondió que el gran cementerio del Sur no estaba lejos.—No me gusta visitar los cementerios—respondió Frank indeciso.—A mí sí—dijo Beatriz y dieron orden al cochero que les llevase.

Franquearon la puerta ojival que conducía a las tumbas y Beatriz, absorta en sus pensamientos, no se fijaba en nada, y Frank no miraba más que a Beatriz y estaba descontento porque siempre oyó decir que el cementerio de Munich era de los más hermosos de Europa, y se creyó burlado y así se lo manifestó a Beatriz.—Tal vez los monumentos más hermosos estén bajo las arcadas—contestó ésta.

Atravesaron la ancha calle que rodea el centro, y conforme supusiera Beatriz, los monumentos más ricos y artísticos estaban emplazados cerca de las paredes, siendo algunos de ellos verdaderas obras de arte, a las que Carruthers sólo dedicó escasa atención. ¿Obedeció esto a la melancolía de aquellos lugares, o al esfuerzo que hizo para obedecer al deseo de Beatriz y evitar la conversación sobre un tema que pesaba sobre sus corazones? Fuese por una u otra causa, el resultado era que nunca le abrumó su dolor como en aquella ocasión, pareciéndole más intolerable que nunca.—¡Ahí tenéis! ¡Todo concluyó!—exclamó.—¡Así termina todo, ambición, codicia, amor, riqueza, tristeza y alegría! ¡Todo acaba ahí y mañana hombres y mujeres que pasen por delante de nuestras tumbas se preguntarán quiénes éramos! ¡Beatriz!—añadió desesperado.—¡No vivimos más que una vez y nuestra vida está para siempre destruada!

Secreto de familia.—20

Hasta aquel instante tuvo la suficiente firmeza, y al declararse vencido era porque le faltaban fuerzas para luchar. Beatriz se estremeció al oírle, porque estas palabras eran las primeras que salían de boca de Frank con alguna apariencia de reproche. No le faltaba más que este complemento a su pena, e inclinando la cabeza humedeciéronse sus ojos y de pronto se irguió y dirigió a Frank una mirada tan expresiva, tan dolorosa, que le llegó al corazón.— Soy un desdichado loco, perdonadme—dijo.

—No, tenéis razón sobrada en lo que decís, ¡oh! ¿para qué habré nacido?—Vámonos de aquí, me horroriza este espectáculo continuo de la muerte—replicó Frank. Y con el corazón oprimido ambos se retiraron del sitio en que no había una sola pulgada que no estuviese ocupada por una tumba y se fueron hacia la entrada del cementerio, pero no sé cómo, sus manos se encontraron, y por un momento las tuvieron entrelazadas. Los que se cruzaron con ellos creyeron que era costumbre inglesa la de andar de ese modo, o bien que los dos lloraban la muerte de algún sér querido, llevando el mismo luto; ¡esto último era cierto!

Ambos callaban, y Carruthers pensó que era más débil de lo que creyera y que no podría soportar mucho tiempo semejante situación. Opinó que lo más acertado era acompañar a Beatriz a Inglaterra, ver a Hervey, y después de asegurar la tranquilidad de su amada separarse de ésta. Fué lo que creyó más oportuno, porque verla, oír su voz, tocar su mano, y saber que no podía ser suya era más de lo que sus fuerzas podían resistir. Los pensamientos de Beatriz se deslizaban por la misma pendiente, puesto que sabía desde el principio que no era posible fuese de otro modo. Por esta razón deseó conservar un dulce recuerdo de los últimos días pasados en Munich, constándola que una amistad como la de que hablaba Frank era imposible pudiese existir entre ambos. Comprendieron que se decían un adiós que podía ser eterno. ¡Ah! No tenía nada de particular que sus manos no pudiesen separarse. Dirigiéronse hacia la puerta, pero no lo habían visto todo. En la sala más próxima a la entrada y colocado de modo que todo el que entrase o saliese pudiese verlo, hallábase tendido el cadáver de un hombre. Reposaba sobre la dura piedra, porque nadie adelantó el dinero necesario, para que le fa-

cilitasen un lecho de hojarasca y cubría su cuerpo un paño negro, y tenía el pálido rostro vuelto hacia la ventana. Y Frank vió aquel rostro y lo reconoció... y Beatriz le vió y lo reconoció. Cogió Beatriz el brazo de Frank, quiso hablar... lanzó un grito de horror y cayó sin conocimiento sobre las frías losas. Carruthers la cogió y la llevó al coche, donde volvió en sí y miró a Frank con aire extraviado.—He soñado... era un sueño—murmuró.—No, no es un sueño—respondió Carruthers con voz ahogada y ronca.

No se cambiaron entre sí ni una palabra más hasta que llegaron a casa de Beatriz. Frank quiso acompañarla hasta arriba, pero ella se negó.—Idos, volved allí. Enteraos de todo... informaos, ¿queréis hacerlo?—dijo Beatriz y Frank respondió con un signo y ordenó al cochero regresase al cementerio. La sangre circuló con violencia por sus venas y su corazón latió apresuradamente. ¡Muerto Mauricio Hervey que se interponía entre él y la felicidad! ¡Era imposible! Sucesos parecidos a ese no ocurren nunca en la vida real, y a la cuenta le engañó una semejanza casual. ¿Será preciso reprochar a Carruthers que no deseó nunca la muerte de un semejante suyo, porque temblase al ocurrírsele este pensamiento?

No, no era una equivocación, entró en la sala, vió el cuerpo al descubierto, y el cabestrillo y vendaje que habían quitado al brazo roto. Mientras contemplaba al muerto parecióle oír la voz de Sarah suplicándole con exaltación que esperase a Beatriz. La profecía habíase realizado. Permaneció largo rato ante el cadáver. La piedad, excepción hecha de la que se experimenta al hallarse en presencia de una muerte violenta, no turbó su corazón. Y no obstante, al hombre que allí yacía le amó Beatriz en otra época, y si hubiese querido portarse de otra manera, ésta aun le amara, ¡qué extraña reunión de raros sucesos! Dominado por estos pensamientos alejóse Frank de aquel lugar.

Para arreglarlo todo fuéle preciso hacer muchas diligencias y responder a numerosas preguntas. Ante distintos funcionarios declaró reconocer aquel cadáver por ser el de un tal Mauricio Hervey, artista pintor, no pudiendo dar más detalles acerca de su persona ni de la de sus amigos, pues sólo había tenido ocasión de hablarle una o dos veces. Dejó, además, algún dinero para que llevasen el cadáver a

otro depósito y lo expusiesen de una manera decorosa, pagando los gastos del entierro y el coste de una lápida con las iniciales M. H. Fijóse la ceremonia para el día siguiente, y en seguida se dirigió a casa de Beatriz, que no quiso recibirle y la dejó una esquila para decirle que lo necesario estaba hecho. Al día siguiente fué Frank la única persona conocida que se halló presente al entierro.

Tampoco vió Frank a Beatriz, porque ésta no le recibió, no porque estuviese enferma, sino porque tenía deseos de hallarse a solas. Pasó Frank el día en un estado de ánimo indescriptible, y andando a la ventura por Munich. Al día siguiente vió a Beatriz y halló a ésta sola y pálida, pero muy hermosa. No dejó de observar un cambio muy notable en sus modales. Una cierta timidez llena de gracia añadía nuevos encantos a la que siempre conoció en posesión de sí misma, y quién sabe si Beatriz observó otro cambio en las maneras de ser de Carruthers.—Contádmelo todo—le dijo Beatriz cuando, después de una acogida un poco grave, Frank ocupó un asiento a su lado y la contó cuanto él había podido averiguar, de qué modo habían recogido la noche anterior a aquel hombre de encima de los rieles, casi partido en dos por las ruedas de una locomotora, llevándole después al depósito de cadáveres para ver si le reconocían antes del entierro, refirió además, las órdenes que diera y de qué modo, cumpliéndolas, le habían enterrado la víspera. Beatriz le escuchó sin interrumpirle, y al acabar el relato sumióse en profunda meditación. Frank la contempló silenciosamente.—¿Cómo se explica que haya podido ir a parar allí... a los rieles, quiero decir?—preguntó al cabo.

Frank meneó la cabeza.—No se sabe—contestó.—¿Puede asegurarse que es un suicidio? No. ¿Puede afirmarse que es un accidente? Tampoco, si bien se inclina a lo primero, vista la postura en que se halló. Tenía dinero en los bolsillos, no sé cuánto, en una palabra, que nadie sabe cómo sucedió la cosa.

Frank al asegurar esto decía la verdad, porque nadie sabía nada acerca del suceso. Los revisores del tren recogieron los billetes mucho antes de llegar a Munich, y muy bien pudo creerse que Hervey y Sarah habían bajado con los otros viajeros. Por consiguiente no se sabía más que lo que se consignó en el relato oficial.

—Pero, ¿qué le traía a Munich?—objetó Beatriz.—¿Cómo sabía que yo estaba aquí?—Frank no hizo más que menear la cabeza.—Habría visto a Sarah—añadió Beatriz, respondiendo a su misma pregunta,—y quizás haya averiguado algo de ella; ¿por qué no me lo escribió Sarah? Puede que la haya sucedido algo; ¡quisiera que estuviese aquí!

—¿Queréis ir a visitar esta tumba?—preguntó Frank pasado un rato.—No, no lo deseo, a menos que os parezca mal el que no lo haga. ¿Qué haría yo ante su tumba?—preguntó Beatriz.—Se va a visitar una tumba para llorar, y no podría hacerlo, porque cuando desaparece un fardo que os encorbaba no se llora, sino que se experimenta alegría. Creedme, Frank, no me siento capaz de dirigirme a visitar una tumba para experimentar ante ella esos pensamientos. Puedo decir que le perdono; pero no me pidáis nada más.—Cuantos conozcan vuestra historia no os pedirán más con el tiempo.

—No digáis nunca mal de los muertos—prosiguió Beatriz con el mismo acento,—y yo no puedo recordar nada bueno. Durante algún tiempo le amé, o al menos lo creí, pero han pasado muchos años, ¡ah! ¡y esos años...! Lo único que puedo asegurar es que no hablaré más de él; ha muerto, le perdono y haré lo posible para olvidarle.

Y por vez primera las lágrimas humedecieron su rostro y ambos quedaron silenciosos largo rato. Estaban en pie, y Frank cogió la mano de Beatriz.—Beatriz, amada de mi alma—la dijo en voz baja,—¿os acordáis de las palabras que pronunciasteis en esta misma habitación cuando ni el uno ni el otro podíamos abrigar la menor esperanza? Ahora todo cambió y estamos en un nuevo mundo, ¿me diréis Beatriz ahora lo que el otro día me dijisteis?—Beatriz inclinó la cabeza cada vez más, mientras un vivo rubor coloreaba sus mejillas. Irguióse, y fijando en él la profunda mirada de sus rasgados ojos, le contempló cara a cara.—Permitidme que os abandone un instante—le contestó en voz baja. Y sin esperar respuesta desasió su mano y se alejó de Frank con tanta rapidez como un día lo hiciera en Hazlewood, pero sin dejarle desesperado cual entonces sucedió.

Volvió Beatriz al cabo de un rato llevando de la mano a Enrique, y deteniéndose miró a Frank que comprendió lo que significaba aquella mirada, y atrayéndole hacia sí se

sentó y le colocó sobre sus rodillas, posando la mano en la cabeza del niño, y en esta postura sonrió gravemente y miró a Beatriz.—Amada Beatriz, tengamos o no hijos—dijo,—este niño será siempre un hijo para mí. No echará nunca de menos a su padre desconocido, y si puedo conseguirlo no conocerá jamás la ignominia que cubre su apellido.

Cogió el niño entre sus brazos y le abrazó. Enrique, de quien Carruthers era el favorito, pasó sus bracitos alrededor del cuello de su amigo. Beatriz les miró y sonrió. Carruthers se desasíó con dulzura del niño, le dejó en el suelo, púsose en pie y abrió los brazos. Arrojóse Beatriz en ellos y apoyando la cabeza en su hombro, derramó algunas lágrimas de alegría. Frank murmuró palabras apasionadas y la besó, mientras que Enrique les contemplaba con curiosidad preguntándose en su imaginación infantil qué significaba aquella escena. Recordaron al fin su presencia, y Beatriz le acompañó a donde estaba la niñera bávara, procedimiento de expulsión que dejó muy poco satisfecho al chiquitín. No obstante, el pensamiento de que sólo mediante una muerte podían amarse, comunicó a los sentimientos de los dos cierta reserva. Podía decirse que eran dichosos, pero no de una manera demostrativa.

Cuando Frank hubo repetido una y cien veces que la amaba, Beatriz se arrodilló ante él diciéndole:—¡Frank! ¡Mi muy amado Frank! ¿No me echaréis nunca en cara el pasado? He sido mala, he mentido, pero también sufrí mucho, y en adelante conoceréis todos mis pensamientos. Seré una mujer fiel y sincera, y si alguna vez llegase a notar que el recuerdo del pasado es bastante para haceros dudar de mí, ¡me moriría, Frank, me moriría de dolor!

Carruthers la estrechó entre sus brazos afirmando que era la mejor y la más noble de las mujeres; etc. Esto no tiene nada de particular porque todos en su caso hubiéramos hecho lo mismo. Beatriz le rogó que la dejase sola durante un rato, pues deseaba pensar en todo lo que había ocurrido. Frank accedió a sus deseos porque también se hallaba en el mismo caso.

Nada más natural que volviese aquel mismo día y que se suscitase una discusión acerca de sus proyectos para el porvenir. Beatriz se mostraba inquieta acerca de la suerte de Sarah, lamentando no haber conservado las señas de la

casa a donde iba a hospedarse en Londres. Convinieron en que pasarían una semana en Munich con la esperanza de obtener noticias de la embajadora. Tomada esta resolución, Carruthers abordó la discusión de un tema que le preocupaba hacía bastante tiempo.

—Escuchadme, Beatriz—dijo a ésta.—Vamos a marcharnos juntos y vuestra causa es la mía. Quédanos por cumplir el deber de dar explicaciones a los que tienen el derecho de pedir las acerca de vuestra ausencia. Podéis darme un derecho que dominará a todos los demás, ¿queréis que salgamos de aquí como marido y mujer?

Beatriz tembló y se ruborizó.—¡Oh! ¡Frank! ¿Tan pronto?—¡Tan pronto, Beatriz, y hace más de cinco años! Ese hombre murió para vos hará cinco. Murió el día en que desapareció vuestro amor.—¡Es verdad!—murmuró Beatriz.

—Entiendo que no os pido ese consentimiento por una razón egoísta—replicó Frank,—os lo pido porque es preferible para vos. Pasar algunos meses a vuestro lado haciéndoos el amor sería para mí la mayor de las delicias, mas es preciso sacrificarlos.—Y al decir esto la pasó el brazo por la cintura besándola y abrazándola.—¿Y vuestra respuesta?—preguntó.

Beatriz puso su mano en la de Frank.—Que se haga todo conforme desea vuestra voluntad, amigo mío, mi señor y dueño, porque no tengo otra voluntad que la vuestra, ¡oh! ¡Frank! Comprendo que a vuestro lado puedo afrontar todo, lo que no sucederá estando separados.

Casáronse en Munich ¿por qué no? ¿Había de separarlos eternamente la memoria de aquel hombre? ¿Merecía algo más que el perdón de su viuda y el juramento de ésta de olvidarlo todo y no hablar de sus ultrajes? ¿No se había puesto en camino con la intención de inferirle nuevas ofensas cuando la muerte le detuvo? ¿Había muerto la semana anterior? No, el Mauricio Hervey que Beatriz conoció dejó de existir el día que se quitó la careta para dejar al descubierto todas las malas pasiones de un miserable.

XXXV

La reconciliación

Frank y Beatriz se casaron, encontraron una criada inglesa que deseaba volver a su país y la tomaron para que cuidase del niño, llegando juntos los cuatro a Londres. La ansiedad de Beatriz acerca de Sarah era tan grande, que su primer cuidado fué informarse dirigiéndose a la policía, y ésta contestó que tal vez sería una pobre mujer a la que habían recogido días antes, enviándola a una casa de locos. Fuéronse al asilo, y después de reconocer los vestidos, vieron que sus temores eran fundados, si bien Frank no dudó nunca de esta conclusión. Los modales de Sarah la noche de la negativa de Beatriz le convencieron de que llegaría un día en que sucediese eso y se lo manifestó a su esposa. La pena que experimentó ésta fué muy grande.

— ¡Pobre Sarah! — dijo. — Conmigo no estuvo nunca loca; porque siempre conseguí calmarla, y durante muchos años fué mi brazo derecho ayudándome, amparándome... — Beatriz enrojeció al acudir a su memoria los horribles recuerdos del pasado. — Es imposible, Frank, que lleguéis a imagináros cuánto me quería esa pobre criatura.

No, Frank no lo sabrá nunca, ni su esposa tampoco, cuánto la amaba y lo que hizo impelida por su cariño.

Beatriz interrogó al médico, que la manifestó que Sarah estaba atacada de la más incurable de todas las locuras, de la religiosa, siendo pocas las probabilidades de que vi-

viere mucho tiempo. Beatriz indicó que tenía deseos de verla, y el médico contestó que aquella entrevista sería perjudicial a la enferma, lo que aquella quiso creer pidiéndole avisasen a Sarah que se hallaba allí, pues así podía juzgar por su respuesta el efecto que produciría su visita. El médico accedió y no tardó en volver, manifestando que sólo al oír el nombre había ido en aumento el extravío de Sarah que hizo un gesto de aversión.

Frank llevó aparte a Beatriz. — Creed que Sarah vió a ese hombre y que en su presencia se le escapó el nombre de Munich, habiendo después sabido que iba en busca vuestra y la pena que experimentó trastornó su desequilibrado cerebro. Tanto la atormenta esta idea que no quiere veros.

El médico era muy galante, sobre todo con mujeres hermosas, y obedeció, pero volvió en seguida. Todo había sido inútil; el efecto que produjo su comunicación fué tal, que se veía obligado a prohibir toda visita. — Es lo más frecuente — dijo, — que las personas atacadas de esa enfermedad demuestran odio hacia las que antes quisieron más.

Beatriz abandonó con pena aquel lugar, y lo único que pudo hacer fué que llevasen a Sarah a una habitación más cómoda, en la que la trataran bien, y en ella está aún, pero no por mucho tiempo, porque el médico y los enfermeros saben que están contados los días de la desdichada, que pasa de rodillas dieciocho horas de las veinticuatro que tiene cada uno.

Terminado este asunto, Frank y Beatriz pensaron en los suyos propios. No habían participado a ninguno de los amigos de Beatriz su llegada a Londres, aparte de que tenía muy pocos, y los de Frank se admiraron muy poco al encontrarlos juntos. Informáronse en el hotel en que solían hospedarse los Talbert y les dijeron que éstos no habían llegado aún a pasar la temporada, pero que les esperaban a la semana siguiente, y en vista de esto, en un hermoso día, los señores Carruthers acompañados del niño y la niñera se dirigieron a Hazlewood.

Nuestros amigos a los que no hemos visto en tanto tiempo, pero no olvidado, regresaban de Blacktown en el momento en que volvemos a hallarlos. Y sin parar el coche vieron un espectáculo extraño, una cosa que hizo se mirasen con espanto el uno al otro. Ante la gran puerta de en-

trada y tomando el sol vieron instalado tranquilamente a un niño como si la casa hubiese sido suya. Apenas salió un criado a hacerse cargo de los caballos, se apearon para averiguar qué significaba aquello. La falta de los bucles había cambiado de tal modo al niño, que no le reconocieron en seguida, de modo que Horacio, que unía todos los sucesos desagradables a la aparición de niños desconocidos, no pudo menos de exclamar:—¡Otro niño!

Caláronse los lentes y vieron que el intruso les hacía señales de regocijo pareciéndoles muy familiares sus rasgados ojos azules.—¿Es el niño de Beatriz?—exclamó Horacio.—Sí, él es—contestó solemnemente Herberto.

Para estar más seguros le preguntaron quién era y de dónde venía, y el niño les contestó que «era el querubín de su mamá», y extendió los brazos tanto como pudo para indicarles que la distancia que acababa de recorrer era mucho más grande de lo que su espíritu podía concebir; en seguida volvió a empezar sus caricias y a presentarle la carita para que le besasen, y tan seguro parecía estar de la buena acogida, que los dos hermanos viéronse obligados a ceder. Horacio se inclinó y le besó, y habiendo observado éste que el movimiento de su hermano no revelaba gran dignidad, levantó el niño al aire y le besó en esta postura.

Entraron en la casa para saber lo que esto significaba, y si algo necesitaban para disipar sus dudas, si alguna tenían acerca de la identidad del chiquitín, éste echó a andar delante de ellos, y debieron disiparse por completo al ver que se limpiaba los pies. No era posible que un niño que no hubiese vivido allí cumpliera de aquel modo semejante deber. En la antecámara encontraron a Whittaker.—¿Quién está ahí?—preguntó Horacio.—Los señores Carruthers, señor—respondió Whittakers.

Los Talbert se miraron, colgaron sus sombreros y entraron en el salón. En éste hallaron en pie a Frank sonriendo como de costumbre, y a Beatriz que se acercaba a ellos con los brazos abiertos. Herberto miró a Horacio con aire de duda, pero éste no pudo contestar a aquella mirada porque se lo impidieron los brazos de Beatriz que se enlazaron a su cuello.—Ahrazadme y decidme que me perdónais.—Hecho esto acercóse a Herberto y empezó la misma escena, e inmediatamente los Talbert se arreglaron la cor-

bata como para manifestar que si semejantes efusiones se permiten una vez por casualidad, no conviene por eso convertirlas en regla general.—Pero no comprendo aún muy bien—dijo Horacio.—Whittaker nos ha dicho los señores...—¡Oh! ¡Y tiene razón!—interrumpió Frank.—Hace algún tiempo que Beatriz y yo nos casamos en Munich. Es una población muy linda, creo que estuvisteis en ella, Horacio, y hace muy pocos días que hemos regresado de nuestro viaje de boda. Sois los primeros a quienes visitamos, porque creíamos que querriais tenernos a vuestro lado un día o dos.

Esta contestación ponía a Horacio y a Herberto en un apuro, porque para ellos el deber de la hospitalidad estaba por cima de todo, así que disponían los recién casados por todo el tiempo que quisiesen.—Pero, ¿por qué huyó Beatriz?—preguntó Horacio.—¡Ah! ¿Por qué?—respondió indiferentemente Frank.—¡Ahí está la cuestión!—No debió ser para evitar vuestra compañía—dijo Herberto.—Beatriz dice que no, mas nunca puede estarse seguro de nada.—¿Teméis que fuese por miedo a tener que abandonar al niño?—Beatriz vaciló contestando al cabo:—Sí, tenía miedo de que me privasen de su compañía.—Horacio dirigió una mirada de triunfo a su hermano, porque creía haber acertado en todo. Salieron del salón para presidir la preparación de las habitaciones de los inesperados huéspedes, mientras tanto éstos se dirigían a visitar a Mordle, que respiró con más libertad sintiendo que su conciencia se aliviaba del gran peso que la abrumaba desde que visitó con Beatriz la Posada del Pescador, y les recibió con los brazos abiertos.—Sólo siento una cosa, una sola; no haber unido esas manos... Habría dado no sé el qué por conseguirlo... hasta hubiera ido en el expreso a Munich. Creo que no tengo necesidad de decirlos el por qué.—Mordle hablaba con sinceridad, y por esto estrecharon su mano y le dieron las gracias por los votos que hacía por su felicidad. Cuando se separaron, Silvano pidió su triciclo para ir a dar un paseo de diez millas a la ida y otras diez a la vuelta, y esto, según dijo, con el objeto de preparar un sermón, no queriendo en manera alguna confesar que este deseo de hacer un ejercicio reconocía por origen el haber visto casada a Beatriz. Aquella tarde el comedor de Hazlewood presentaba un aspecto encantador; la mesa estaba

puesta con exquisito gusto. Frank hizo todo el gasto de la conversación; habló de sus planes futuros, de la vida que se proponía llevar con Beatriz, y esto con tanta tranquilidad como si sus parientes hubiesen asistido a su boda. Beatriz en cambio habló muy poco, porque era feliz, pero sin fanfarronería y sí con gran naturalidad. A Horacio le pareció que los dos jóvenes hacían muy buena pareja, y como dijo muy acertadamente a Herberto: En ellos no se observaban esas pequeñas familiaridades que hacen sea la compañía de los recién casados tan... cargante... si eso es lo que quise decir.

Beatriz los dejó a los tres juntos y se fué a pasear por el jardín. Horacio y Herberto llenaron sus vasos, y de la manera más cortés brindaron con Frank por la felicidad de éste.—Esto no obsta para que no aprobamos el misterio con que rodeasteis vuestro casamiento, pero sin duda habréis tenido para ello muy buenas razones—dijo Horacio. No querían confesarlo, pero fué una amarga decepción para los Talbert el que no les llamasen a organizar todos los detalles que se referían al casamiento de su sobrina.—Sí, tenemos muy buenas razones—replicó Frank.—Sin embargo, creemos que tenemos el derecho de exigir explicaciones acerca de la extraña conducta de Beatriz, su fuga y de la ignorancia en que nos tuvo de todo—dijo Horacio.—Sí por cierto—añadió Herberto.

Frank contó todo, empleando toda su elocuencia, y tanto ponderó los sufrimientos de Beatriz, que Horacio conmovido, preguntó:

—¿Es eso cierto?

—Completamente.

—Entonces no podemos perdonarla ni volverla a ver—dijo Horacio mirando a Herberto y esperando el eco acostumbrado que esta vez falló.—Está bien—replicó Frank poniéndose en pie.—Voy a decir a mi esposa que se prepare; ¿cuál es el mejor hotel de Blacktown?—El ataque era brusco.—Concedednos algunos minutos para reflexionar—dijo Horacio.—Esperadnos aquí.—No, voyme al jardín, os concedo veinte minutos porque es tarde y hemos de arreglar nuestros equipajes. No olvidéis—añadió con mucha gravedad,—que si os pronunciáis contra mí dais al mundo el derecho de hacer lo mismo.—Fuése al jardín, en donde pasando el brazo por el talle de Beatriz se pasearon

por un sitio retirado, y antes de pasados los veinte minutos, se presentó Whittaker diciendo que el señor Talbert les esperaba en el salón en donde estaba servido el té. Al verlos entrar Horacio, que estaba en pie con la taza en la mano, les dijo:—Creo, mi querida Beatriz, que si tanto amáis a Frank, os quedaréis aquí durante ocho días y podremos invitar a algunos amigos a comer.—Carruthers ahogó un suspiro; aquello era un verdadero triunfo y la manera más elocuente de probar que los Talbert no sólo olvidaban sino que tomaban el partido de Beatriz, que no pudo menos de derramar algunas lágrimas sobre la inmaculada pechera de Horacio y estrechar cariñosamente la mano a Herberto.

La tarea más difícil era informar a sir Maingay, porque equivalía a hacerlo a lady Clausón, que no cesó nunca de repetir que «Beatriz había hecho una cosa deshonrosa», pero sin hacer públicos estos comentarios, porque respetaba mucho a la familia de su esposo. En resumen, que Frank llegará a ser o no un hombre célebre, pero que en la actualidad es dichoso, y en cuanto a Beatriz, no tiene para qué ocultar su primer matrimonio, y que Enrique es hijo suyo por más que durante algún tiempo pasó por soltera. El secreto de cómo consiguió Beatriz su felicidad, conócenlo sólo Dios y una mujer de negros cabellos y cada día más demacrado rostro, que morirá pronto y ocupará el sitio que la esté asignado, pero que morirá sin hacer ninguna revelación.

¡Pobre y fiel Sarah!

FIN